

veyendo á los *perros*, lo mismo los viernes que los demás días (1). La explicación, por más que luminosa, nos deja un escrúpulo que sometemos á los devotos de la Saletta. Nuestra Señora ha previsto en su discurso el caso de la conversión: "Si se convierten, dice, las piedras y las rocas se transformarán en montones de trigo, y abundará en las tierras la cosecha de patatas," (2). ¡Qué bendición! Pues los habitantes de Corps se han convertido; ¿dónde están, pues, las piedras y las rocas transformadas en parvas? Lejos de eso, se dice que el pobre pueblo de la Virgen ni aun tenía patatas por Navidad. Luego las amenazas se han cumplido, y por lo tanto, es preciso creer que ese pueblo no se ha convertido.

¿Cómo salir de este mal paso? Es preciso creer que las predicciones de la Señora se han cumplido y no se han cumplido, y que su pueblo se ha convertido y no se ha convertido. Hay explicaciones para todos los gustos, como para las profecías de la Sagrada Escritura. Haya sucedido lo que quiera, siempre se las puede amoldar á la interpretación que se les dé. Si, á pesar de tan luminosa demostración, los librepensadores se obstinan en su incredulidad, será que desde este mundo estén ya rodeados de tinieblas, mientras que llega la hora de verse sepultados en la noche eterna con su padre Satanás.

II

Los incrédulos objetan á lo de la revelación que el milagro imposible de la Encarnación de Dios no puede ser probado con otros milagros igualmente imposibles; sería como si se quisiese demostrar que dos y dos son cinco diciendo que tres y tres eran siete. A todos esos extraños razonamientos opondremos nosotros los hechos, que son la más incontestable de las pruebas. La aparición de Nuestra Señora de la Saletta es un milagro, y está atestiguado por otros milagros. Oigamos á una joven peregrina; en materia de prodigios, son las devotas, sobre todo, las que tienen voto en cabildo. Preguntó aquélla á la pastora si había repetido en francés lo que la Señora le había dicho en francés sin haberlo comprendido. Melania respondió

(1) *La Salette devant le pape*, p. 105.

(2) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, p. 8.

que ella decía como la Señora había dicho y sin comprender nada ella. "Hé aquí, añade nuestra devota, lo que me ha parecido admirable: muchachos que no saben el francés, que no comprenden lo que se les ha revelado en esa lengua, y que al descender de la montaña repiten las mismas palabras que se les han dicho y en el mismo idioma desconocido para ellos. ¿Cómo dudar del milagro, probado con semejante milagro?" (1).

Démonos á gozar de milagros que atestiguan los milagros. En vista de que tantas veces se ha comparado la aparición de Nuestra Señora de la Saletta con los prodigios de la Sagrada Escritura, se nos permitirá hacer un paralelo en honor de la Santa Virgen á la vez que de su Hijo. Jesucristo ha tenido un precursor, y también el milagro de la Saletta ha sido preparado con otros milagros. La escena se abre en 1842; el 21 de Noviembre de ese año se publicó un folleto titulado: "*Curación extraordinaria obtenida por la intercesión de la Santa Virgen y de San Francisco de Regis en el convento de las Hermanas de la Providencia, cerca de Grenoble.*" La hermana Filomena es una joven de veinte años, de una constitución linfática y habitualmente enferma. A mediados de 1842 se la puso á régimen de leche; la superiora comenzó á darla, en forma de medicamento, una cucharada de leche en la que puso algunos granos del polvo de San Francisco de Regis, y además, con el aceite de una lámpara destinada á la Santa Virgen hizo la señal de la cruz en todas las partes doloridas de la joven. Al instante cesaron los dolores; la enferma se levantó y quedó curada. A seguida se cantó un *Te Deum*. El médico no dejó de certificar sobre la fe de la superiora la curación milagrosa. El cabildo se unió á él, y por último, el obispo, muy complacido de que se hubiese verificado un milagro en su diócesis, declara "que no ha podido leer sin enternecimiento y sin reconocimiento á Dios la relación de la cura *instantánea y perseverante* de la hermana Filomena." Mientras que se celebraba en toda la diócesis la curación de la querida hermana, la pobre joven muere precisamente de la enfermedad de que acababa de ser curada de una manera *instantánea y perseverante* (2). Los incrédulos prorrumpen en aclamaciones de júbilo. ¡Oh necesidad

(1) *L'Echo de la sainte montagne*, p. 57 y siguientes.

(2) *La Salette devant le pape*, p. 41-43.

humana! ¿No saben los impíos que todo hombre debe morir, aun aquellos que están curados milagrosamente?

Sor Agustina tiene revelaciones y conversaciones secretas con Jesucristo en el convento del Buen Pastor. ¡Qué honor y qué dicha para las religiosas! En uno de sus éxtasis, la monja anuncia que el Hijo de Dios la dará algunas gotas de su divina sangre para enriquecer el convento con aquella preciosa reliquia, sino que esto no se verificará en público ni en presencia de la comunidad, sino en la celda de su confidenta y en la hora y día que ella indique. La comunidad no cabe en sí de gozo; aquello es un delirio. Jesucristo cumple su promesa: las religiosas y las pensionistas corren á contemplar las preciosas gotas de sangre recogidas en un papel vitela preparado de antemano, y se apresuran á llevar la gran noticia al obispo de Grenoble. Monseñor ordena que se levante una capilla bajo la advocación de la Divina Sangre. Las señoras de Lyon ofrecen sufragar los gastos y encargan que no se economice. ¿Podría haber un edificio demasiado bello para una reliquia tan santa? No faltaba ya más que la certificación del médico, que, sincero cristiano, se muestra, sin embargo, menos complaciente que el de Cormo, y ve claro que la pretendida sangre de Jesucristo era la sangre de sor Agustina. La extática sufría pérdidas... y se adivina el resto. Un clérigo de Genoble sabe el sacrilegio, y se apresura á informar de ello al obispo, el cual le responde: "*Reclamaciones inútiles, mi querido abate. Los trabajos estaban demasiado avanzados, las piedras labradas...*" El milagro estaba fabricado, y la capilla se construía á expensas de una mujer piadosa; era demasiado tarde; por consiguiente, la tapilla se concluye, la reliquia es depositada en ella, todo bajo los auspicios del obispo, y los fieles acuden de todas partes para adorarla (1). Era un excelente negocio, y hubiese sido imperdonable no realizarle por los escrúpulos de un médico. Hé ahí cómo se hacen los milagros, dicen los incrédulos, y cómo se explota la bestialidad humana.

Pero esas son dudas de la incredulidad, á la cual va á confundir un nuevo milagro. Sor Agustina se encuentra un día sola con la superiora y una pequeña negrita en la capilla consagrada al culto

(1) *La Salette devant le pape*, p. 43-47.

de la preciosa sangre de Jesucristo. La superiora sale un instante; y cuando vuelve á entrar, ve una gran hostia en las manos de una imagen de la Virgen. ¡Nuevo prodigio! Jesucristo da su cuerpo al dichoso convento después de haberle dado su sangre. Dióse parte al obispo de Grenoble, el cual acudió al instante con su gran vicario, y los dos se arrodillan y adoran. Ese lujo de milagros despierta, sin embargo, la desconfianza de las señoras de Lyon que habían costado la capilla, y comienzan á dudar, por supuesto bajo la inspiración del demonio; se informan, y descubren, ayudándolas siempre el diablo, que están siendo víctimas de una piadosa intriganta. El mismo obispo, avergonzado del papel que está representando, manda quemar la hostia milagrosa y que no se divulgue su visita á la santa capilla. Mas después recapacita; y temiendo que todo se descubra si se sabe que la hostia ha sido destruida, da la contraorden. De este modo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, tan fraudulentos uno como el otro, se quedan en la capilla y siguen siendo adorados por los fieles (1). Hé ahí el milagro que viene á confirmar otro milagro. Mentid, engañad, estafad, eso podrá estar expuesto á accidentes; pero confirmad vuestra mentira con otra mentira, ejecutad un nuevo fraude para atestiguar el antiguo, y á esas proezas se las llamará fraudes piadosos y pasaréis por un santo.

Sor Agustina tiene una vocación decidida á los milagros y una predilección por los milagros productivos. La hostia milagrosa no reportaba más que ofrendas, y eso no satisfacía su santo celo: quería una nueva capilla, á despecho de las señoras de Lyon, que habían cerrado sus bolsillos. Pero ella debió decirse que hay alguien más rico que el más rico, y ese alguien es todo el mundo. En Octubre de 1853, sor Agustina es atacada en la huerta de la comunidad por dos hombres armados de puñales. Nuestra heroína no se acuerda ni aun de gritar pidiendo socorro; tiene en el cielo un auxiliar más poderoso que todo el poder humano, es Nuestra Señora de la Saletta; y gracias á esta protección sobrenatural, las cincuenta y cuatro puñaladas bien contadas no le hacen ni siquiera un rasguño. Los mismos asesinos se aprovechan de la influencia milagrosa que por todas partes acompaña á sor Agustina: salvan de un brinco un muro

(1) *La Salette devant le pape*, p. 47-49.

de cerca de tres metros, sin dejar en el suelo la menor señal de sus pasos. Se cree todo lo que dice la heroína de esta novela, y un vicario general, acompañado de un canónigo, hacen una cuestión cuyo producto sirve para levantar una capilla á Nuestra Señora de la Saletta (1). ¿Qué es lo que tienen que oponer los incrédulos á todos esos prodigios? ¡Su incredulidad, su cólera! Pero los testigos de esos milagros no por eso adoran menos la sangre de sor Agustina y el pedazo de oblea que representa el cuerpo de Jesucristo. Después de todo, no hay gran diferencia entre la falsa y la verdadera sangre, entre el falso y el verdadero cuerpo.

III

La diócesis de Grenoble estaba predestinada á escenas milagrosas, y Nuestra Señora de la Saletta llegó allí al colmo de su reputación de santidad. El milagro anunciado con milagros ha sido confirmado con milagrosas curaciones: son tantas que nos vemos embarazados para elegir. Victorina Sauvet, de edad de veinte años (es la mejor edad para los milagros), se ve de repente privada de la vista; se dirige á un médico, que no consigne curarla en seguida, como ella quería. Pero hay un remedio más eficaz, una novena que va á rezar á la Saletta, y en el mismo día que llega queda curada. Los impugnadores pretenden que ni la curación ni la enfermedad están acreditadas por certificación de un médico. Pero ¿qué importa? ¿Tenemos acaso certificaciones de médicos para comprobar las curaciones milagrosas de Jesucristo? Hay un testimonio mucho más fuerte, es el de la fe que transporta las montañas. Para debilitar la fuerza de ese testimonio, los impugnadores se han puesto á escurrir la vida de la ciega Victorina, y resulta, según ellos, que jugaba á las visiones, que recibía revelaciones de la Virgen y que llevaba consigo una hierba pisada por la Madre de Dios, haciendo tráfico con todo ello. Tuvo que intervenir la Iglesia, y la milagrosa ciega, suspendida de la confesión y de la comunión por su párroco, reconoció que sus visiones eran imaginarias, lo cual no impidió que perseverase en su oficio. Y los incrédulos dicen: si engañó á los fieles después de su curación

(1) *La Salette devant le pape*, p. 50-52.

milagrosa, ¿no es más que probable que esa curación fuese también una supercheria? (1). Nosotros respondemos, con los que piensan bien, que aun cuando todo eso fuese cierto, ¿qué podría probar? ¿Acaso Dios y la Virgen no pueden elegir sus instrumentos allí donde quieren? No es gran milagro el que una santa como sor Agustina haga prodigios; ¡lo grande es que los haga una réproba como Catalina Sauvet!

Los incrédulos no comprenderán jamás cosa alguna relativa á milagros. Hay reliquias evidentemente falsas: tales son las de las 11.000 vírgenes, huesos de soldados romanos y de caballos. Sin embargo, esas reliquias hacen milagros también como las de San Pedro y San Pablo, las cuales no son más auténticas. Los piadosos fraudes hormiguean; ¿y qué? La fe es la que obra. Con tal que los fieles crean en el milagro, aunque éste sea forjado, no es menos saludable la creencia. El que nos enseña esta bienhechora moral es un gran dignatario de la corte pontificia, el promotor de la fe. Nuestra Señora confió secretos á cada uno de los pastores; dos abates los llevaron á Roma escritos y sellados por los confidentes de la Virgen. Uno de aquéllos, Mr. Rousselot, al cual se encuentra á cada paso en este negocio, pidió á monseñor Fratini que mandase practicar informaciones jurídicas á los obispos en cuyas diócesis se hubieran hecho milagros: "No es necesario que esos milagros estén probados jurídicamente, respondió el promotor de la fe; la Santísima Virgen no tiene necesidad de ser canonicada; lo que se necesita es ver que su culto se extiende grandemente," (2). Y para eso son excelentes los falsos milagros. Pero eso llega muy lejos. ¿No podría suceder lo mismo con los milagros atribuidos á Jesucristo?

N.º 4. — *El proceso.*

I

¡La Saletta ante los tribunales! Un proceso es cosa seria; dejemos, pues, á un lado las malas bromas de los incrédulos. El abate Deleon afirma que la aparición milagrosa del 19 de Septiembre de 1846 no fué otra cosa que el paseo á la montaña de la

(1) *La Salette devant le pape*, p. 140-145.(2) MARMONNIER, *Triomphe de la Salette*, p. 30.

señorita Lamerliere (1). Lo cierto es que esa dama entra por algo en el asunto. El traje de la Virgen es de su invención: ella misma anunció su equipaje en términos misteriosos. Poco tiempo antes del gran suceso, dijo "que iba á emprender un viaje que debía redundar en gloria de Dios y en la salud de las almas,". Se creyó que iba á predicar una misión: "Lo que yo voy á hacer, contestó, es mucho más importante; es una gran obra, una cosa de que se hablará durante mucho tiempo." La señorita Lamerliere contaba esto á todo el que se lo quería oír. Un día dijo que ella era la pastora de los Alpes; otro día se puso á recitar un sermón á la puerta de una iglesia, y los oyentes estaban admirados al ver que llevaba sobre su traje los instrumentos de la pasión de Jesucristo (2).

Sin hacer injuria á esa señorita, se puede asegurar que estaba loca; se creía con una misión divina. Vamos á oír á ella misma. Habiéndose divertido á sus expensas, en el *Siècle*, Mr. Eugenio Pelletan, la señorita Lamerliere quiso demandarle de injuria. Y comenzó por escribirle una carta en que se lee lo siguiente: "Debo confesar que lo que más me ha herido es el haberme representado como agente del obispo de Grenoble en la aparición de la Santa Virgen sobre la montaña de la Saletta. *Sabed, señor, que yo tengo mi misión social de la Providencia misma, y que estoy muy orgullosa del papel que me ha señalado para que vaya á declinar la responsabilidad por ningún respeto humano ni por falsa vergüenza.*" La señorita Lamerliere no dice cuál es ese papel, pero después añade: "Yo no podría divulgar el secreto á fariseos como vosotros, en quienes, por desgracia, se halla extinguido todo sentimiento religioso," (3). La señorita Lamerliere conocía que no se podían hacer milagros delante de los incrédulos.

Tenemos una casi confesión que prueba que aquella dama no fué extraña á la escena grotesca de la aparición, escena en que la locura hace seguramente un gran papel. En la información se citan declaraciones hechas á uno de sus amigos, abogado, que la comprometen extraordinariamente: "*Soy yo, dice, la que ha hecho el papel de Nuestra Señora*

(1) *La Salette devant le pape*, p. 58.(2) *Causa de la Salette. La señorita Lamerliere contra los señores Deleon y Cartellier*, copiada y publicada por SABBATIER (Paris, 1856), p. 230 y siguientes.(3) SABBATIER, *Causa de la Salette*, p. 26.

de la Saletta y la que ha hablado á los mozos," (1). Ciertamente es que esas palabras no se consignaron judicialmente; pero no fueron los impugnadores los que retrocedieron; ellos pidieron la información, y la sala se la negó. Ciertamente es también que la señorita Lamerliere negó que hubiese sido la Señora de la Saletta, con motivo de la demanda que interpuso contra los curas Deleon y Cartellier. El cura Deleon dice formalmente que la señorita Lamerliere había hablado á los muchachos llevando un traje extravagante, que era también de su invención. En la memoria de los impugnadores, redactada por Mr. Cartellier, uno de los curas de Grenoble, también está designada la señorita Lamerliere, siendo la que se apareció á los jóvenes pastores. Por último, se encuentra designada como autora del milagro en un escrito pseudónimo cuyo solo título era una injuria: *La Salette falsovalle* (fallavaux) (2), ó *el Valle de la mentira*, por *Donnadieu*. Ese Donnadieu no era nadie más que el abate Deleon. La señorita Lamerliere citó á juicio á los dos curas, y pidió contra ellos 20.000 francos de indemnización. Citaremos la sentencia, único acto del proceso que ha podido obtener la publicidad.

"Considerando que no podría haber falta por parte de los autores al haber escrito lo que se lee en sus libros con relación á la señorita Lamerliere, toda vez que ésta lo ha hecho verosímil con sus actos y sus conversaciones, suficientemente comprobadas al presente;

"Considerando que el hecho de la Saletta pertenece á la historia contemporánea; que los autores, al examinar ese hecho y al discutirlo para determinar sus caracteres, no han podido menos de referir las circunstancias que ellos consideraban verídicas, que en esto no han hecho más que lo que hacen y lo que deben hacer los historiadores; que, en efecto, so pena de hacer la historia imposible, es preciso reconocerles el derecho de dar cuenta de las palabras y de las acciones de todos aquellos que andan mezclados en los acontecimientos que refieren; y que todo lo que se puede exigir de ellos en que no abusen de ese derecho y que no acojan con ligereza rumores vagos, sin investigar su origen y contrastar su valor;

(1) SABBATIER, *Causa de la Salette*, p. 245.(2) *Fallax valis*.

„Considerando que en el caso actual no se podría hacer ese cargo á los autores, porque el conjunto de hechos que anuncian relativos á la señora Lamerliere prueba hasta la evidencia que ellos los han acogido con una entera buena fe, después de un examen reflexivo, sin imprudencia ni ligereza, y que han tomado esos hechos de documentos serios y de testimonios respetables, etc.” (1).

El tribunal no tenía que decidir si la Saletta era un milagro ó un fraude piadoso; pero siendo asunto de la causa la heroína de la aparición, el milagro mismo se encontraba puesto en litigio. Y nadie se ergañó respecto á la significación de la sentencia: á una voz se dijo que era la condenación de las maniobras empleadas por un clero desatentado para reanimar la superstición y el fanatismo en el mundo católico. En efecto, los curas Deleon y Cartellier acusaban á la señorita Lamerliere de haber representado el papel de la Virgen en una aparición preconizada por los obispos como milagrosa, y el tribunal declara que esa señorita había hecho el cargo verosímil con sus palabras y con sus actos. El tribunal no dice que el hecho imputado es cierto; no podía ni debía decirlo; pero declara que las imputaciones de los contradictores del milagro no son vagos rumores, ni asertos aventurados, puesto que se apoyan en documentos serios y en testimonios respetables. De este modo quedó consignado por una sentencia que el hecho de que la señorita Lamerliere es la heroína de la Saletta lo hacían verosímil respetables testimonios y documentos serios. Y esto es lo que el abogado de la señorita Lamerliere declaró categóricamente ante el tribunal de apelación. “La sentencia del inferior, dijo M. Julio Favre, la quita más que la vida, la quita el honor, la estimación de sí misma. Es imposible, si la sentencia se confirma, que por donde quiera que vaya no sea señalada como la autora de un fraude criminal.” (2). Y la sentencia del inferior fué confirmada por la Sala. Luego la justicia ha decidido que hubo en aquello un fraude criminal; luego hubo en ello impostores que fabrican milagros, y en ellos se hallan obispos que recomiendan la impostura, y se encuentra un papa que la colma de favores espirituales.

No hay en los anales de la Iglesia un hecho más grave que el de esa piadosa impostura, por-

(1) Gaceta de los Tribunales, del 10 de Mayo de 1855.
(2) SABBATIER, Causa de la Saletta, p. 74.

que es necesario confesarlo para vergüenza del catolicismo, la piedad da la mano al fraude. ¿Qué dicen los apologistas en presencia de ese solemne estigma? No sólo dos, sino cincuenta y cuatro sacerdotes protestaron contra la falsedad y el sacrilegio; sus jefes, los párrocos Deleon y Cartellier, perseguidos en justicia por la piadosa comedianta, fueron absueltos; y el tribunal y la Sala reconocieron que su oposición estaba fundada en documentos serios y en testimonios respetables. Y ha habido la audacia de escribir contra esos opositores lo que sigue: “Son malos, porque sus frutos son malos; son completamente malos, no tienen nada de bueno, nada de verídico. Y si son malos, el espíritu que les inspira es el de su orgullo, el del primer rebelde contra Dios, el de Satanás. La causa que sostienen es la mentira, el mal, y el milagro de la Saletta reaparece todavía más esplendente de divinidad con el extravío y la prevaricación de los que le combaten.” (1).

La justicia declara, por testimonio del defensor de la señorita Lamerliere, que ésta es la autora de un fraude criminal; ¡y esta vergonzosa impostora es enaltecida por los apologistas como un hecho divino! ¡Sinceros católicos dicen que el genio de la mentira es el que apareció sobre la montaña de la Saletta, y los apologistas proclaman que fué la divinidad! ¡Y califican de obra de Satanás la obra de los impugnadores de la aparición! Hay que leer esas atrocidades para juzgar á la reacción católica: “Si hay contra el hecho de la Saletta tan fuerte repulsión, si se le hace una guerra tan encarnizada, sin tregua ni reposo, es porque se hace imposible servir á dos señores, á Jesucristo y al mundo. Por esta razón es por lo que los verdaderos católicos deben estar continuamente sobre la brecha; la victoria está asegurada; que no pierdan el valor, porque Dios está con ellos, y al mostrarles en la montaña á María Inmaculada les ha dicho: *In hoc signo vinces*.” (2). Eso se lee en una obra titulada *La Saletta ante la razón y el deber de un católico*. ¡Gran Dios! ¿Qué es entonces la razón de los católicos! ¡Y cuál es su conciencia!

II

Cuántas enseñanzas hay en el proceso Lamerliere. Aunque el tribunal hizo todo lo posible para

(1) AMADRO NICOLÁS, *la Saletta devant la raison*, p. 219.
(2) AMADRO NICOLÁS, *la Saletta devant la raison*, p. 279.

evitar el escándalo, el escándalo llegó á su colmo: era el milagro el que estaba en litigio mucho más que el cura Deleon y que la visionaria de la Saletta, ¡y los imprudentes pregoneros del prodigio le identificaban con la revelación cristiana! El clero de la diócesis de Grenoble estaba profundamente dividido. Conociendo la ignorancia de los curas y el despotismo bajo el cual se encuentran, se admira uno de que se encontrasen cincuenta y cuatro contradictores. El alto clero se pronunció á favor del prodigio, con el obispo á la cabeza. Se concibe que la lucha no podía durar largo tiempo. Uno solo quedó sobre la brecha, un sacerdote entredicho. Los partidarios del milagro, interesados en defender su obra, no retrocedieron ante ningún medio para perder al desdichado que osaba combatir una aparición de tal manera simple, que su misma simpleza bastaría para rechazarla. Un sacerdote limosnero del castillo de San Angelo en Roma escribió al abate Deleon: “Hace dos días que he recibido una carta de un obispo, á quien no puedo nombrar, en la cual me dice que se han hecho toda clase de instancias y hasta de amenazas para obtener de él documentos contra V. Ese procedimiento es poco recomendable, y yo deseo que todos aquellos á los que se acuda con ese objeto se muestren firmes como ese venerable prelado.” (1).

Eso se comprende: no hay excesos que no cometa el odio clerical y el interés de la Iglesia. Y no se detuvo allí la ceguedad apasionada del alto clero: vamos á oír á los canónigos y á los arciprestes: ¡tantas mentiras como palabras! Un arcipreste escribe é imprime “que M. Cartellier, cura de San José, autor de la *Memoria al papa*, había enviado el 26 de Febrero de 1855 su retractación explícita y completa.” Pues bien, el hecho es falso. El documento firmado por el pobre cura se presentó en los autos, y hé aquí lo que decía: “Los hechos que se encuentran en mi *Memoria* los he relatado de buena fe, pero desapruero y condeno todo lo que es falso é inexacto, si bien conservando mi opinión sobre la Saletta.” Como se ve, lejos de retractar explícita y completamente su opinión sobre la Saletta, el cura la sostiene en términos explícitos y formales, y es siempre de opinión que el pretendido milagro es un sacrilegio. ¡Y se im-

me lo contrario! ¡Y es un arcipreste el que firma esa mentira! (1).

El abate Deleon dice que la señorita Lamerliere confesó al referido arcipreste que ella había representado el papel de la Señora el 19 de Septiembre de 1846. A esa afirmación, el arcipreste opone la negación más rotunda, tratando al cura de indigno calumniador. Y hé aquí á un canónigo que escribe al cura Cartellier que el mismo arcipreste le ha contado lo que sigue. En una entrevista que tuvo con la señorita Lamerliere, queriendo sondearla, la dijo: “Preciso es convenir, señorita, que habéis hecho en eso una gran cosa. Ved cómo se ha difundido y la edificación que eso procura—¿Verdad que sí? respondió la señorita. ¡Oh! ¡yo lo sabía bien!.” Otro canónigo hace la misma declaración. El arcipreste niega, dos canónigos afirman. Si el uno dice verdad, el otro miente. Désele las vueltas que se quieran, en todo eso se respira una atmósfera de fraude que ahoga. ¡Sin embargo, son unidos del Señor los que hablan y los que protestan, gentes todas á quienes el Espíritu Santo abre la boca!

Los jóvenes milagrosos eran depositarios de un secreto que la bella Señora les había confiado. En 1851, monseñor de Bonald, cardenal arzobispo de Lyon, fué delegado por el papa para interrogarles y recibir sus declaraciones (2). ¿Qué hace el abate Rousselot, vicario general de Grenoble? En el momento en que monseñor de Bonald iba á llegar, marcha él á depositar directamente el secreto en manos del santo padre. ¿Para qué hace esa jargarreta á su arzobispo el vicario general? Porque monseñor de Bonald miraba de cerca y no gustaba de los milagros fabricados. El abate Rousselot esperaba que encontraría en Roma mejor acogida. Pero ¿qué le dijo el papa del famoso secreto? Aquí también hay dos relaciones, de las cuales la una contradice á la otra. Según el abate Rousselot, Pío IX elevó á los jóvenes hasta las nubes. Pero si se cree al limosnero del castillo de San Angelo, el papa debió decir á él y á muchos obispos franceses que el pretendido secreto era un mundo de estupidez. Según el limosnero, el papa no disimuló su manera de ver á M. Rousselot; no había dicho nada de lo que se le atribuía en aquella ocasión (3).

(1) SABBATIER, Causa de la Saletta, p. 218-250.

(2) SABBATIER, Causa de la Saletta, p. 246, 254, 259 y 261.

(3) SABBATIER, Causa de la Saletta, p. 180-182.

(1) SABBATIER, Causa de la Saletta, p. 181 y siguientes.